

Prostitución masculina

Nerea N

Prostitución masculina



Capítulo 1

Una triste realidad

La prostitución masculina también es una realidad. Desde hace ya muchos años, hay infinidad de extranjeros que lamentablemente utilizan a Cuba como destino de turismo sexual. No solo los hombres lo hacen.

Desde el comienzo del llamado “Período Especial” época de penurias económicas extremas, que llegaron a Cuba a raíz de la caída de la antigua Unión Soviética, habían surgido chicos apuestos que ofrecían servicios sexuales a turistas, casi siempre hombres homosexuales y ocasionalmente a señoras extranjeras, siempre mujeres mayores.

En el argot popular suelen llamarles “pingueros”, en referencia a la palabra pinga, con la cual se refieren los cubanos al órgano sexual masculino. En España se hubieran llamado los “polloneros”, porque aquí le llaman polla.

La gran mayoría de estos chicos realizan esta tarea por pura supervivencia. No estamos hablando de que se prostituyan para comprar ropa de marca, o coches o electrodomésticos de lujo. Tampoco drogas. Hablamos de arroz, frijoles, aceite, desodorante y jabón, y ropa elemental. Hablamos de poder pagar la factura de la luz y el pasaje.

Frank había estudiado Ingeniería Civil. Se graduó, con matrícula de honor en la escuela vocacional Lenin, donde solo estudiaban los mejores.

Trabajó como ingeniero durante un par de años. Después la empresa cerró y se tuvo que ir a la calle. No era una diferencia importante, pues su salario base nunca llegó a superar los 30 dólares al mes.

Sus padres, dos personas de mediana edad, ganaban mucho menos. Vendían café en polvo, que les traían de Pinar del Río, la provincia más occidental de Cuba, escondidos, como casi todo el que vende algo, porque si la policía los sorprendía, además de quitarles la mercancía, les pondrían una multa que no podrían pagar en la vida.

Un día, una muchacha que había estudiado con él, le comentó que una chica que trabajaba como jinetera —prostituta que se acuesta con turistas extranjeros— le había comentado que su jefa estaba buscando un joven, para trabajar como “pinguero”.

Al principio la idea le chocó muchísimo. Sabía que esos chicos tenían que acostarse con hombres, y él era profundamente heterosexual.

La ex compañera de estudios le comentó que le pagaban 50 dólares por cliente, más lo que le quisieran dar de propina. Entonces, comenzó a sopesar la situación.

Fue a visitar a la muchacha y comenzó a trabajar para ella. Por suerte para él, los cuatro servicios que había hecho, habían sido a señoras de mediana edad. Dos españolas, una sueca y una belga. No obstante, la jefa le dejó bien claro, que había que coger lo que viniera. Por suerte, por aquella época muchas extranjeras estaban solicitando jóvenes guapos, preferiblemente mulatos, y bien musculados.

Camila, la que estaba al frente del negocio, le dijo que una señora de Alemania esperaba recibir sus servicios al día siguiente, en el hotel donde estaba hospedada. Sería la quinta mujer que atendería. Su economía empezaba a mejorar. Con suerte podría comprar con lo que había reunido, un refrigerador para sus padres. El que tenían se había roto varias veces, y ya no salía a cuentas arreglarlo. Después habría que ver, qué guardar dentro, porque la comida en Cuba es muy cara y difícil de conseguir.

Capítulo 2

En el hotel

Cuando llegó la noche del siguiente día, Frank llegó al hotel y se sentó en el lobby, esperando por la señora alemana. Llevaba un paquete de viagras en el bolsillo.

Una mujer que aparentaba algo más de 50 años se acercó a él. Hablaba español. Después de las presentaciones preliminares, ambos se fueron al bar del hotel. Pidieron un mojito.

—En primer lugar, quiero decirte que el servicio no es para mí. Se trata de mi hija. Ella tiene 22 años —. Frank la escuchaba atentamente. La mujer dio un largo sorbo a su bebida—. Ella es una chica preparada, estudia una carrera y es guapa. Tal vez no me entiendas, pero mi hija y yo somos muy buenas amigas. ¿Me comprendes?

—Sí, habla usted muy bien el español.

La mujer río.

—Gracias, pero no me refería al idioma. Marlene, que así se llama mi hija, siempre soñó con venir a Cuba. Después de hablarlo mucho, decidimos hacer un viaje. Días antes de llegar, me comentó que le haría mucha ilusión hacer el amor con un cubano. Y yo le sugerí que seguramente aquí habría algún chico, guapo como tú.

—Comprendo —dijo con una amable sonrisa, llena de empatía.

—Ya yo he pactado el precio con la chica que controla el negocio, que es la que te paga, según pienso, pero si ella queda feliz, te regalaré 100 euros. Eso es entre tú y yo. Tienes que ser muy amable y sobre todo paciente. ¿Qué te parece?

—Me parece perfecto —dijo él apurando el fondo de su copa, asombrado por la posible propina. Tendría que esmerarse.

—Una cosa importante, por favor, obedécela. Haz lo que vayas a hacer como ella te indique. Ella no puede hablar. Es muda, pero por favor, que no se dé cuenta que tú lo sabes.

—Perfecto. En eso no hay ningún problema.

—Entonces ven conmigo. Te dejaré en la puerta de su suite —le dijo

amablemente la señora.

Ambos subieron a la habitación. Sacó su móvil y escribió un mensaje. Del otro lado respondió la hija. Todo estaba listo. La señora se retiró y al abrirse la puerta Frank vio a una mujer más bien delgada, de pelo rubio, semi ondeado, por los hombros. Parecía tener menos de la edad que la madre le había dicho, pero sin dudas era muy atractiva.

Capítulo 3

La alemana

Ella sonrió con discreción y haciéndole entrar cerró la puerta. Llevaba un vestido muy elegante y unos aretes dorados. Los labios pintados de carmín y una discreta sombra azul le hacía juego con el color de sus ojos.

La suite amplia, paredes color beige, alfombras rojas. El aire acondicionado encendido y una música suave inundaba el lugar.

Él fue directamente a la cama y se paró al lado de ella. Se dio cuenta de que ella no quería alargar mucho aquel encuentro y aproximándose, la tomó por la cintura y acercando sus labios a los de ella la besó. Ella lo rodeó con sus brazos. Él comenzó a acariciarla muy despacio. Ambos descendieron lentamente hacia la cama y se sentaron frente a frente.

La miró con ternura, como pidiendo permiso para desnudarla, y mientras la abrazaba fue bajando la cremallera de su vestido. Ella se recostó. Bajó el vestido hasta la cintura. Sus mejillas estaban enrojecidas. La continuó acariciando y le quitó el sujetador. Ella se cubrió las tetas. Le quitó las manos y comenzó a besárselas. Eran perfectas. En realidad, aquellas tetas eran una obra de arte. Su lengua jugueteaba con sus pezones erectos y de un color muy claro. Ella solo se dejaba hacer.

Cuando sintió que era el momento apropiado, intentó quitarle completamente el vestido, pero ella se resistió. Se acostó boca abajo. Él comenzó a bajar el vestido y después el tanga. Ella intentó agarrarlo por encima para impedir que se lo quitara. Ella quitó las manos del elástico y dejó que Frank bajara aquella fina pieza de lencería, dejando al descubierto unas nalgas firmes. Las caderas eran estrechas. Él terminó de desnudarse. Marlene tenía mucha vergüenza. Le señaló un tubo con lubricante que estaba sobre la mesita de noche. Había cerrado las piernas, y se mantenía acostada. La chica tenía su espalda debajo de su pecho. Se puso el preservativo. Ella le señaló otra vez hacia el culo, con su dedo. Estiró su brazo y apagó la luz. La habitación quedó en penumbras. Entonces le separó un poco las nalgas y pasó por el centro sus dedos empapados en aceite. Estaba muy tensa. Después se puso encima, agarró con la derecha el tronco de su pene y se lo colocó a la entrada del ano. Ella se cubrió el rostro. Parecía una adolescente cuando lo va a hacer por primera vez. Frank no podía entender, por qué no le había dejado ni ver la vagina.

Al sentir el roce del falo, retrocedió. Él presionó, sin dejar de acariciarla, mientras ella lo alejaba con sus manos. Volvía después a acercarse, pero cada vez que él presionaba, ella lo alejaba quejándose. Y era razonable.

El muchacho no andaba escaso de talla.

Ella le pidió, por señas, que esperara un rato. Se mantenía boca abajo. Frank se acostó a su lado. Se había excitado mucho y le dolían los testículos.

Frank volvió a empezar. Después de un buen rato la volvió a acomodar debajo de él. Ella recostó la cara en una almohada. El pene seguía presionando, esta vez un poco más fuerte. Ella dejaba oír un sonido que parecía un quejido, pero no intentó quitarse. Frank, que ya había acostumbrado su visión a la oscuridad del cuarto, la acariciaba, y presionaba cada vez un poco más fuerte. Finalmente, el miembro erecto se abrió paso dentro de aquel agujerito pequeño. Él sintió el calor, la humedad y la presión de su interior. Los chillidos estaban dando paso a gemidos. Siguió penetrándola suavemente, mucho tiempo. Hubieran sido incontables las veces que la metió y la sacó. A veces sacaba la mitad y volvía a entrar, otra la sacaba casi completamente, dejando adentro solo la cabeza, y volvía a introducísela. La había lubricado muy bien. El ritmo era inmejorable. Hasta que, mucho rato después ya no pudo más. Entonces él se corrió.

Después se puso a su lado. Marlene se quitó la almohada de la cara, y rápidamente se cubrió la parte delantera de su cuerpo con ella. Lo miró y sonrió. Ella, se levantó y fue al baño. Frank pensó que la segunda vez le dejaría hacerlo por delante. Se preguntó si sería virgen. Aquellas tetas lo tenían loco. No podía pensar con claridad.

La vio teclear algo en su teléfono, cuando le había dado la espalda y se preparaba para entrar a la ducha. Casi al momento, sonó su móvil. Era la madre de ella, diciéndole que ya podía bajar, que todo había ido muy bien.

Hubiera querido continuar, y ver lo que aquella chica tan femenina, con tetas de las que paran el tráfico de La Rampa o Quinta Avenida, tenía dentro de las piernas, y no solo verlo, sino metérsela hasta que gritara. Pero ellas pagaban y ellas mandaban.

Mientras Marlene se aseaba, Frank comenzó a vestirse. Entonces notó que la parte del colchón y la sábana donde ella se acostó boca abajo, estaba demasiado mojada. Encendió la luz y pensó que se le había roto el condón. Miró al suelo, sobre la alfombra, junto a la cama, y allí estaba, justo donde lo había dejado. Él solía hacerles un nudito, para que la leche no se saliera. Estaba como cuando lo puso. Volvió a mirar a la cama. No era posible que una chica lubricara tanto. Nunca había visto algo así. Entonces lo olió. Era semen.

Al salir, la señora pagó a Frank la propina prometida. Cuando ya él se iba, ella le dijo que había olvidado decirle que Marlene era transexual, y

que ya estaba en la fase final del proceso. Solo que todavía no había podido operarse, para cambiar el pene por una vagina. Aun así, había quedado satisfecha. Estaba feliz y eso era lo más importante. Frank sonrió por cortesía.

Capítulo 4

Deseos de morir

Salió a caminar, mientras palpaba en su bolsillo los cien euros, la más generosa propina que había recibido en su vida y que era el equivalente a más de tres meses de salario. Se paró sobre el malecón —muro de un metro de alto que rodea ocho kilómetros del litoral habanero—, y en aquel momento deseó tirarse al mar. Acarició la idea por unos minutos.

Lo de menos era haberse acostado con un transexual, pues eso también estaría dentro de su trabajo. Lo verdaderamente grave era tener que recurrir a la prostitución, para que él y su familia comieran. Necesitaba el aire del mar.

Pensó que no era posible que, por defender un proyecto de revolución fallido, cosa que con los años se había demostrado, un régimen dictatorial continuara flagelando a un pueblo con hambre y escaseces de todo tipo.

No era posible que nuestras chicas y chicos se siguieran prostituyendo para poder comer, vestirse y cubrir otras necesidades imprescindibles. No era posible que se siguiera echando toda la culpa a un embargo norteamericano que, aunque no debería existir, estaba comprobado que no era la causa de la mayoría de los males que aquejan a la sociedad cubana.

Ojalá que un día, no muy lejano, las cosas cambiaran para bien, Las olas se batían furiosas, golpeando a las rocas bajo el muro, frente a él. Bajó del muro y continuó caminado. Ya vendrían tiempos mejores para aquella isla, llena de gente maravillosa. A pesar de todo, valía la pena vivir.

.